

---

mantenida a raya, iba a empezar a penetrar en el suelo patrio, amparada por la nacionalidad del nuevo rey, aunque muchos nostálgicos del Antiguo Régimen solamente la tragaran a regañadientes.

El nuevo soberano impulsó durante los primeros quince años de su reinado los importantes conatos de reforma que su política posterior, al tomar un viraje diametralmente opuesto, dejaría sepultados durante mucho tiempo. De temperamento irresoluto e influenciabile, ninguna opinión le parecía a Felipe V menos discutible que la que tuviera a bien inculcarle la mujer que compartía su lecho, hasta tal punto que la historia de su reinado puede decirse escrita en función de sus deseos matrimoniales y del diferente aprovechamiento que sus dos esposas legítimas hicieron del poder político que aquella peculiaridad ponía en sus manos.

Para entender la fulminante desgracia de Macanaz, que, tras haber sido encumbrado por el rey, se convirtió de la noche a la mañana en un proscrito, no puede olvidarse la fatal circunstancia de la temprana muerte de la primera reina, la dulce y abnegada María Luisa de Saboya. Casi una niña cuando contrajo nupcias con Felipe V, murió precozmente desgastada por los insaciables ardores de su esposo y las calamidades y sobresaltos de la guerra, cuando podía haber empezado a recoger los frutos de paz. Estaba llamada a recogerlos en su lugar o, mejor dicho, a malbaratarlos, otra mujer mucho más dura y ambiciosa, que llegaba de Italia aleccionada por el Papa Clemente XI para que la Iglesia recobrara en España todas sus viejas prerrogativas parcialmente amenazadas. Cabe, por tanto, distinguir dos Felipes: el de María Luisa de Saboya, hasta febrero de 1714, y el de Isabel de Farnesio, a partir de diciembre de ese mismo año, ya que solamente diez meses fue capaz el rey de aguantar viudo. El primero protegió a Macanaz y le dio alas para recortar las atribuciones y abusos del clero. El segundo se avergonzó y desentendió de él, como de la princesa de los Ursinos, Orry, Robinet y todos los esbozadores de reformas de aquella primera etapa.

Todas las cuestiones que empezaron a surgir desde la llegada de Felipe V giraban en torno a dos necesidades irreconciliables: por una parte, la urgencia de replantear la estructura viciada de la monarquía española; por otra, el tener que contar con la animadversión de los españoles hacia cualquier reforma. Porque, como decía Luis XIV, «basta en España que un abuso sea costumbre para conservarlo escrupulosamente, sin tomarse el cuidado de examinar si lo que tal vez pudo ser bueno en otro tiempo es malo en el actual».

El problema de España, ramificado en múltiples conflictos, era de raíz fundamentalmente económica. El quid de la cuestión estaba en sacar dinero de donde fuera a las puertas de una guerra civil que duró doce años y cuyos altibajos condicionaron el curso de los demás asuntos.